

más la supresión de las subprefecturas; que los capítulos de remonta é inválidos fueron aumentados en el presupuesto de Guerra que se elevaba á 538 millones; que en el de Marina, el trabajo de la Cámara fué singularmente facilitado por el admirable dictamen del señor Lamy, ponente de la comisión, dictamen que contenía el germen de las reformas introducidas por los ministros civiles que han regentado posteriormente la cartera de Marina; que el Sr. Lamy insistió sobre todo en la supresión de dos arsenales, en las construcciones rápidas y en el establecimiento de una contabilidad severa; que la Cámara concedió más de 53 millones y medio á la Instrucción pública, aceptando una enmienda de Jorge Perin que aumentaba en 170.000 francos el crédito de las misiones y exploraciones, á fin de facilitar el estudio del proyecto de mar interior en Africa.

Después de la votación del presupuesto general de gastos por la Cámara, la enmienda por el Senado de varios artículos y la supresión por la Cámara de los créditos restablecidos por el Senado, la ley de Hacienda fijóse en 2.781.035.096 francos de gastos y 2.793.177.804 francos de ingresos. Pero en la práctica los gastos se elevaron á 3.108.758.696 francos y 2 céntimos. Este aumento debióse á la compra de ciertas vías férreas por 285 millones adicionados á los gastos de Guerra y de cerca de 20 millones invertidos en Obras públicas; y aunque para cubrir estos gastos suplementarios se echó mano de recursos extraordinarios, el déficit real fué de 257 millones.

Tres días después de la adopción definitiva de la ley de Hacienda de 1878, el 2 de abril, León Say depositó sobre la mesa de la Cámara los presupuestos correspondientes á 1879, con 3.137 millones de gastos y 3.173 millones de ingresos.

El Sr. Wilson, ponente de la comisión, no presentó hasta el 14 de noviembre su dictamen que hacía una reducción de 10 millones en los gastos y otra de 11 millones en los ingresos. La primera reducción no fué más que aparente, porque las peticiones de créditos suplementarios pasaron de las cifras primitivamente indicadas por el gobierno; pero fué el pretexto que invocó la comisión para aligerar los impuestos sobre el timbre de los efectos comerciales, los aceites y las achicorias, que disminuyeron en unos 20 millones los recursos del Tesoro.

En la discusión de los presupuestos de 1876, la Cámara desechó el aumento de honorarios que el gobierno proponía para los curas párrocos, los pastores protestantes y los rabinos. En la discusión del capítulo de Marina, Lamy volvió á criticar la lentitud de las construcciones, la exageración del número de astilleros y arsenales, el desarrollo insensato de los edificios marítimos, la progresión del personal sedentario y el abuso de los aprovisionamientos generales, que subían en Francia á 250 millones, cuando sólo se elevaban á 85 millones en Inglaterra. En vano trató el almirante Pothuau de contestar á las censuras de Lamy y destruir el efecto de su dictamen.

En el presupuesto de Instrucción pública, la Cámara inscribió los créditos necesarios para la creación de una tercera cátedra de historia en la Sorbona y el aumento de 13.000 á 15.000 francos en el sueldo de los profesores de la Facultad de Medicina de París. En el presupuesto de Bellas Artes, el Sr. Bardoux hizo votar

51.000 francos para la organización de una inspección del dibujo y reinscribir 40.000 francos que la comisión había cercenado de los créditos del grabado.

Hasta el 11 de diciembre no pudo el Senado empezar á discutir los presupuestos de 1879. La Alta Cámara restableció un crédito de 200.000 francos pedido por el gobierno para los curas párrocos y los pastores protestantes y desechó el impuesto sobre los efectos de comercio y los cheques. La Cámara admitió estos últimos votos, desechó el primero, y el Senado se rindió. La ley de Hacienda del 22 de diciembre de 1878 fijó los gastos en 3.166.124.851 francos y en 2.682.080.014 francos los ingresos. La insuficiencia de arbitrios pasaba, pues, de 484 millones.

El papel de los Sres. Dufaure y Marcere quedó indicado en la reseña de las dos primeras legislaturas de 1878, y el de León Say lo explican los presupuestos de 1878 y 1879. Fáltanos mencionar brevemente el papel de sus compañeros de gabinete.

Teisserenc de Bort, ministro de Agricultura y de Comercio, fué absorbido por la preparación y vigilancia general de la Exposición. El general Borel, que no siempre asistía á las reuniones del Consejo, ni á las sesiones de la Cámara, á causa de su insuficiencia oratoria, cuidó de hacer votar las leyes que aumentaban las pensiones de las viudas de oficiales ó que aseguraban socorros á los huérfanos y sobre todo la importantísima ley sobre el reenganche de los sargentos. Concedióse una prima de 600 francos á los sargentos que se reenganchaban por cinco años y, al cabo de este tiempo, una suma de 2.000 francos cuyos intereses se pagaban al reenganchado. En caso de nuevo reenganche, la prima era de 500 francos y el retiro de 365, aumentado en 10 francos por cada campaña ó por cada año más de servicio. Este retiro podía acumularse con el sueldo de un empleo civil. En la discusión, que encontró á todos los partidos de acuerdo para la votación de estas mejoras, algunos diputados insistieron muy atinadamente sobre el lado moral de la cuestión, demostrando que lo esencial, para retener á los sargentos en el servicio, estaba en inculcarles el amor al ejército, á la disciplina y al uniforme.

La gestión de Bardoux fué más bien una gestión de palabra y de proposición que de ejecución. Ministro de Bellas Artes, Bardoux defendió victoriosamente el principio de la subvención del Estado á la Opera, que muchos republicanos combatían por un laudable espíritu de economía, pero con un desconocimiento provincial de la República Ateniense. Bardoux contribuyó á hacer votar el aumento de 4 millones para Instrucción pública, siendo aplicados 600.000 francos á la enseñanza superior, un millón á los liceos y colegios y 2.400.000 francos á la instrucción primaria. Bardoux propuso grandes reformas cuya solución estaba reservada á sus sucesores. Instituyó una Exposición trienal de Bellas Artes; quiso hacer conferir la cruz de Caballero á Zola, la de Comendador á Renán y el gran cordón de la Legión de Honor á Víctor Hugo, pero tropezó con la resistencia de Mac-Mahón.

El más audaz, por no decir el más temerario de los ministros, fué Freycinet. A principios de 1878, creó comisiones técnicas, encargadas de preparar la terminación de la red de ferrocarriles de interés general y de

fijar los límites de la red de interés local. Pocos días después, creáronse otras comisiones técnicas encargadas de trazar el programa de los trabajos necesarios para mejorar los puertos comerciales. Muchos creyeron que aquellas grandes cuestiones, confiadas al estudio de las comisiones técnicas, serían largamente discutidas y, por último, enterradas. Pero, con Freycinet, no mediaba nunca gran trecho del dicho al hecho. De acuerdo con León Say, cuyo concurso era indispensable para la parte financiera del plan, propuso á la Cámara ejecutar en diez años por 3.000 millones de nuevas vías férreas, por 1.000 millones de nuevas vías navegables y procurarse anualmente los millones necesarios para la gigantesca empresa, destinando para ella 25 millones anuales de los 170 que el reembolso de la deuda del Estado al Banco de Francia iba á dejar disponibles y emitiendo obligaciones al 3 por 100 reembolsables á largo plazo. Freycinet propuso además la compra de las líneas interrumpidas del Sudoeste y del Oeste de Francia. La primera parte del plan del ministro de Obras públicas fué adoptada, á pesar de la oposición de los señores Brice, Rotours, Charpín y Rouher en la Cámara, y la de Buffet, Chesnelong, Bocher y Caillaux en el Senado. El 22 de mayo, el *Diario Oficial* publicó los decretos relativos á la organización de los 745 kilómetros de ferrocarriles de interés local y de los 1.861 kilómetros de interés general, cuya compra había sido aprobada por ambas Cámaras.

Por costosa que fuese, la ejecución del plan de Freycinet no hubiese destruido el equilibrio de los presupuestos, si no hubiese coincidido con empresas coloniales muy onerosas, con un aumento incesante y progresivo de los gastos escolares, con un aumento excesivo del funcionarismo y con un sistema de aligeramiento de contribuciones igualmente muy oneroso para la Hacienda. Pero todas estas coincidencias habían de producirse bajo la presidencia de Julio Grevy, cuando todo el mundo se dejó arrastrar por la corriente de una política financiera que bien pudiéramos calificar de política de la mano abierta.

En la dirección de la política exterior, Waddington tuvo que seguir la misma línea de conducta que Decazes; pero le guió un espíritu más desligado de preocupaciones religiosas y su sola presencia en el muelle de Orsay tranquilizó á Alemania y á Italia, á las cuales inquietaba la eventualidad del triunfo de la derecha ultramontana. Pero á la inteligencia política entre Francia é Italia siguió una ruptura comercial, cuya responsabilidad remontaba al gobierno de 16 de mayo. El tratado de comercio franco-italiano expiraba el 1.º de julio de 1878. Broglie y Decazes, sintiéndose sospechosos para el Quirinal, renovaron el tratado el 6 de julio de 1877, aceptando las condiciones más onerosas para Francia. Sometido á la Cámara el 7 de junio de 1878, ésta le negó su sanción por una gran mayoría, y el 1.º de julio del mismo año empezó la guerra arancelaria entre ambas potencias.

IX

La substitución del duque Decazes por Waddington, cuyas simpatías por Inglaterra eran conocidas, tuvo inmediatamente su influencia en los asuntos de Oriente. El 1.º de abril de 1878, el conde Beaconsfield hizo

declarar por un nuevo ministro de Negocios extranjeros, lord Salisbury, que el tratado de San Stéfano, haciendo dominar á Rusia en el mar Negro y no dejando á Turquía más que una independencia ilusoria, comprometía los intereses de Inglaterra. Después de la guerra con Turquía, la Rusia, amenazada de una nueva guerra con la Gran Bretaña, se volvió hacia Alemania que, recordando la herida de amor propio recibida en 1875, le negó su concurso; y el príncipe Gortchakof se vió obligado á preguntar á Inglaterra qué modificaciones juzgaba convenientes aportar al tratado de San Stéfano. Tal fué el origen del congreso de Berlín: éste emanó de un arreglo del 30 de mayo, entre Rusia é Inglaterra, que reducía en más de la mitad las ventajas obtenidas por la primera de estas dos potencias. La reducción hubiera sido aún más considerable si Waddington no se hubiese opuesto, de antemano, á que en el Congreso se tratase de Egipto y la Siria. No habiendo podido entenderse con Austria-Hungría, para ejercer con ella el protectorado del Imperio turco, Inglaterra se había vuelto directamente hacia *el hombre enfermo* (el sultán de Turquía), y el 4 de junio había concluido con él un tratado secreto, por medio del cual se aseguraba la isla de Chipre, que domina el litoral de la Siria y de Egipto. Dueña de esta posición excelente, Inglaterra, á espaldas del *hombre enfermo*, había asegurado á Austria-Hungría, de acuerdo con Alemania, la posesión de la Bosnia y de la Herzegovina.

Aquellos tratados secretos y aquellas intrigas, que habían precedido al Congreso, facilitaban su misión, puesto que todo estaba arreglado de antemano, y los plenipotenciarios, reunidos el 13 de junio en Berlín, no tuvieron más que confirmar los arreglos hechos entre los Sres. Beaconsfield, Gortchakoff, Bismarck y Andrassy. Francia hubiera representado en él un papel insignificante, si Waddington no hubiese sostenido, en la sesión del 5 de julio, las pretensiones de los señores Delyannis y Rangabé, aunque sin obtener todo lo que pedían los diplomáticos griegos. El 13 de julio, cinco días después del golpe teatral de la divulgación del convenio anglo-turco, el congreso de Berlín dió por terminadas sus sesiones. El príncipe Gortchakoff, desengañado y humillado, había pedido en vano á la asamblea que manifestase cómo contaba asegurar la ejecución de sus altas decisiones. Bismarck se había vengado del fracaso sufrido en 1875; pero, al ahondar el foso que separaba á Alemania de Rusia, había facilitado tal vez la inteligencia ulterior de Rusia con Francia, entonces muy afecta á Inglaterra.

Al pie del tratado de Berlín figuraban, en representación de Francia, las firmas de los Sres. Waddington, Saint-Vallier y Deprez. Interrogado en el Senado, durante la discusión de los presupuestos de 1879, por el Sr. Gontaut-Biron, sobre el estado de las relaciones de la República francesa con las demás potencias, Waddington reconoció que había en el tratado de Berlín disposiciones poco agradables para Francia; pero el restablecimiento de la paz y su mantenimiento probable justificaba, á sus ojos, que Francia «hubiese ido á Berlín libre de compromisos, que hubiese vuelto de allí libre de compromisos y que quedase libre de compromisos.»

La categórica afirmación de Waddington, ¿era conforme á la realidad de las cosas? En boca de un diplo-

mático, sí; el ministro de Negocios extranjeros no tenía obligación de dar á conocer al parlamento las conversaciones confidenciales que había tenido con lord Salisbury sobre la eventualidad de una intervención francesa en Túnez, ni los estímulos que había podido recibir de tal ó cual potencia. Pero una frase de lord Beaconsfield, en la Cámara de los comunes, no tardó en aclarar la situación. Cuando el jefe del gobierno inglés se preguntó si, en el congreso de Berlín, habían transportado á Francia á la cumbre de alguna alta montaña, de donde le habían enseñado los reinos de este mundo, nadie contestó con la negativa.

En cuanto á las estipulaciones públicas, el mantenimiento del *statu quo* en los Santos Lugares y la reserva expresa de los derechos concedidos á Francia eran, en efecto, en el artículo 61, de pura forma. En el artículo 24 la mención de Francia en el número de las potencias que debían ofrecer su mediación á la Sublime Puerta y á Grecia, en caso de que éstas no llegasen á entenderse sobre la rectificación de frontera, no implicaba para la nación francesa una acción aislada, sino una acción colectiva.

Habían transcurrido ya cinco meses desde el congreso de Berlín, cuando Waddington contestó á Gontaut-Biron, y aunque el tratado no hubiese tenido ejecución en todas sus partes, á causa de la mala voluntad ó de la impotencia de Turquía, la guerra no se había reanudado y la opinión no encontraba excesivos los sacrificios hechos por Waddington para el restablecimiento de la paz.

La atención pública no era distraída del espectáculo cotidiano que ofrecía en París «la feria del Mundo», sino por alguna grandiosa ceremonia, como la celebrada en la catedral, el 3 de septiembre de 1878, primer aniversario de la muerte de Thiers, ó por la resonancia de los discursos pronunciados por ciertos hombres políticos durante las vacaciones parlamentarias.

En el banquete aniversario de Hoche, en Versalles, Gambetta manifestó que convenía «mostrarse clementes, después de la victoria.» Como se celebraba una gloria militar, habló naturalmente del ejército, que él deseaba mantener apartado de la política y observante de la disciplina cada vez más inmutable é inflexible. Muchos hubieran querido oírle celebrar otra gloria nacional, asistir á la inauguración de la estatua de Lamartine, en Macón, donde no estuvieron representados ni el gabinete ni la Academia Francesa. ¿Quién más indicado que Gambetta para hablar del poeta insigne, del comitente orador parlamentario, del jefe incontestable del gobierno de 1848 y del inspirado promotor de la República?

Las grandes excursiones oratorias de Gambetta, tan criticadas por los vencidos del 14 de octubre, y medianamente aprobadas por algunos de los vencedores, mantenían en el país un sentimiento de satisfacción y de confianza. El tribuno daba en todas partes consejos de moderación y de paz. Sus palabras merecían siempre la atención de Francia; pero el discurso que pronunció el 18 de septiembre en Romans ofreció un interés particular, debido á la situación del jefe reconocido de la mayoría, en presencia del presidente del Consejo y en presencia del presidente de la República.

Los esfuerzos hechos hábilmente por el duque de Broglie y brutalmente por el Sr. de Fourtou, para vencer al país de que la lucha se hallaba circunscrita entre el mariscal y Gambetta, habían sido coronados de éxito. Terminada la lucha, el país se había preguntado con curiosidad qué iba á ser del vencedor y del vencido. Ya sabemos lo que hizo este último. El vencedor, después de haberse eclipsado modestamente ante Thiers y ante Julio Grevy, había declinado toda candidatura, no sólo á la Presidencia de la República y á la presidencia del Consejo de ministros, sino hasta á la dirección oficial de la mayoría. Su popularidad era inmensa en la nación y su influencia preponderante en su grupo parlamentario, en todas las izquierdas, así en las de la Cámara como en las del Senado y hasta en el ministerio, y sin embargo no era más que un simple diputado, presidente de la Comisión de presupuestos.

Las Cámaras se habían separado el 11 de junio, y durante las vacaciones parlamentarias, que fueron largas, el jefe de la democracia republicana volvió á ponerse en contacto con el sufragio universal, afirmando en cada ocasión sus simpatías por el ministerio y su respeto por «el ilustre Dufaure.»

En su discurso de Romans, Gambetta examina sucesivamente cada una de las cuestiones que se interponen á la democracia, en lo que el orador llama «la segunda fase del partido republicano.» Después de haber sido un partido de ataque y de revolución, éste debe ser, en su segunda etapa, un partido de gobierno, de orden y de consolidación. El primero de los deberes está en respetar la Constitución, imperfecta sin duda, como toda obra humana, pero que ha sido suficiente para «proteger á Francia contra los criminales designios de los que apelaban á la fuerza para derribar el edificio elevado por la necesidad pública.» Si el magistrado encargado de guardar la Constitución abandonase su mandato, cosa con que los vencidos del 16 de mayo amenazaban constantemente á Francia, sobre todo en vísperas de las elecciones senatoriales, no transcurriría el intervalo de una hora entre la retirada y la substitución, «porque el sucesor sería designado y en ninguna parte encontraría competencias personales.» Pero es preferible cien veces más que el Presidente ejerza su mandato «hasta el último límite de su poder» sólo se le pide que pruebe la estabilidad republicana, permaneciendo en su puesto hasta el término legal.

De la misma manera sólo se pide al gobierno lo «posible y realizable», y Gambetta, que se proclama «ministerial resuelto y decidido», reclama del ministerio la terminación de la obra administrativa que con tanto acierto ha comenzado. Con toda Francia, exige que el régimen «querido y reclamado por todo el país» no se vea contrariado únicamente por sus funcionarios. Esta parte de la tarea que hay que llevar á cabo es para los ministros la más fácil.

Gambetta insiste luego sobre la necesidad de poner al ejército, «la flor y la fuerza de Francia», por cima de la arena de los partidos y fuera de la política. Partidario de la inamovilidad de la magistratura, quiere que sea una protección para el Estado, para el ciudadano y para el juez y, para salvar el principio, desea que el gobierno de la República haga lo que hicieron todos los regímenes anteriores, que dé una nueva investidura á

la magistratura que un gobierno rival le legó. Señala luego los progresos del espíritu clerical, las usurpaciones de 400.000 religiosos que, según él, constituyen el verdadero peligro social, el acaparamiento de la enseñanza en 1849, en 1850 y en 1875 por el jesuitismo; «que sube sin cesar cuando la patria baja;» protesta de su respeto por el clero secular, «más oprimido que opresor», y pide únicamente que le apliquen las leyes, incluso la militar. Quiere que la cuestión de enseñanza apasione á los diputados republicanos y traza un patriótico programa de instrucción primaria, un programa práctico de segunda enseñanza y un programa de enseñanza superior que será exclusivamente confiado á la Universidad, «asilo tutelar del espíritu moderno.» Reclama la protección del Estado para los trabajadores; se declara partidario de una política comercial basada en la libertad y partidario de una política financiera basada en la aligeración de las contribuciones necesarias y en la supresión de los malos impuestos.

Mac-Mahón se había adelantado á las insinuaciones del *leader* de las izquierdas. Desde el día en que se había resignado á conservar el poder, el mariscal había consentido implícitamente en dejar el gobierno á los republicanos, á reserva de retirarse el día que tuviese que sancionar actos que su conciencia reprobase. Sin dejar de considerar á todos los republicanos como demagogos, exceptuando quizá á Dufaure, á quien apreciaba por sus sentimientos religiosos, por su rectitud y tal vez también por su odio á la democracia, Mac-Mahón había firmado medidas que desaprobaba, había sacrificado funcionarios adictos á su persona, contentándose con decir á sus ministros: «Después de todo, los representantes sois vosotros y no yo.» También apreciaba á León Say y á Duclerc por los servicios que habían prestado á la Hacienda pública; pero fuera de estos tres hombres, todos los miembros de la izquierda le eran indiferentes y algunos particularmente antipáticos. En fin, su actitud en presencia de Gambetta convenció á todo el mundo de que el duque de Broglie y Fourtou habían traducido su pensamiento íntimo al ponerle personalmente enfrente del «dictador de Burdeos.»

Después de la batalla, así como el vencedor usó con moderación de la victoria, el vencido dió pruebas de haber conservado el amargo recuerdo de la derrota. El presidente de la comisión de presupuestos no fué invitado una sola vez á las recepciones ó comidas del Elíseo. Duclerc trató de preparar una entrevista «fortuita» entre el presidente de la República y Gambetta: Mac-Mahón se negó obstinadamente á ello.

La clausura de la Exposición fué la última ocasión solemne que se ofreció al mariscal de representar dignamente á Francia en presencia de los soberanos y de los pueblos que la «Feria del Mundo» había atraído á París. El discurso que pronunció en aquella memorable circunstancia era obra suya: sometido constitucionalmente al Consejo de ministros, fué aprobado por unanimidad y merecía esta aprobación por una nota alta y moderada á la vez, y por un tono sencillo y justo. Después de haber dicho que la idea misma de una Exposición, tan poco tiempo después de las desgracias nacionales, era una especie de reto á la mala fortuna, una especie de apuesta que se había ganado y una

prueba manifiesta de las disposiciones pacíficas del país, el jefe del Estado hacía valer, con legítimo orgullo, «la solidez de nuestro crédito (son sus textuales palabras), la abundancia de nuestros recursos, la paz de nuestras ciudades, la calma de nuestras poblaciones, la instrucción y el buen porte de nuestro ejército, hoy reconstituido,» y terminaba con un caluroso llamamiento «al espíritu de concordia, al respeto absoluto de las instituciones y de las leyes, y al amor ardiente y desinteresado de la patria.»

Cuando las Cámaras reanudaron sus sesiones, pocos días después de la distribución de las recompensas á los expositores, Dufaure tomó la palabra en la discusión del acta de Fourtou. Este, en vez de defender su elección, había atacado á los republicanos y al gabinete con la audacia fría, tranquila é irritante que le era peculiar. En vez de una contestación indignada de Gambetta, tuvo una contestación del presidente del Consejo que adquirió las proporciones de un acontecimiento político. Con más vigor que nunca, Dufaure hizo el proceso del 16 de mayo, justificó su administración del reproche visiblemente paradójico, en boca de Fourtou, de presión oficial, y á la cínica interrogación de éste: «¿Qué gobierno representáis?» contestó, en medio de las aclamaciones de la mayoría, cubriendo de ignominia al «partido sin nombre.»

El discurso de Gambetta, pronunciado el 19 de noviembre, veintidós días después de las elecciones de compromisarios, contenía además todo un programa de elecciones senatoriales que permitía excluir de las listas republicanas á los conservadores indecisos, bonapartistas ayer, orleanistas treinta años hacía y legitimistas medio siglo atrás, que se adherían siempre al partido más fuerte y que comprometieron durante mucho tiempo el nombre de *ralliés*, igualmente sospechoso para la reacción y para el liberalismo. Después de la sesión del 19, que había afianzado singularmente al ministerio, el confidente de Gambetta, el Sr. Spuller, decía familiarmente: «Es preciso que no se vaya,» y Dufaure, cambiando impresiones sobre la sesión con el señor Ribot, dijo: «Ahora me quedo; he podido comprender que la Cámara está conmigo.»

Las elecciones del 5 de enero se preparaban en medio de estos incidentes políticos y de la votación de los presupuestos, en condiciones muy diferentes para los conservadores y para los republicanos. Los primeros concertaban con el partido bonapartista y con los dos partidos monárquicos, sin conseguir que se operase la unión ni en la prensa reaccionaria ni en las listas electorales: violentas polémicas acentuaban las divisiones é imposibilitaban todo acuerdo. Los segundos, por el contrario, tenían un excelente criterio sobre el liberalismo de los candidatos: de los senadores salientes sólo aceptaban á los que habían votado contra la disolución, y de los candidatos nuevos, sólo admitían á los que se pronunciaban contra el 16 de mayo y se declaraban respetuosos servidores de la voluntad nacional. Para disimular sus divisiones, la derecha senatorial redactó un manifiesto colectivo, en que confundía á todos los republicanos en la misma acusación de radicalismo y anunciaba que, si el país les daba sus votos, se encontraría de la noche á la mañana con una magistratura sin independencia, con escuelas sin Dios, con iglesias